

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO

Nuestro dibujo.—“El volapié, su pasado y su presente,” por Don Jerónimo.—Revista de toros (17.ª corrida de abono), por Don Jerónimo.

NUESTRO DIBUJO

Representa el notabilísimo quite que hizo Angel Pastor á Mojino, cuando éste cayó ante la cara del toro Lagartijo, de la ganadería de Gallardo, después de clavar un par de banderillas delantero.

El lance ocurrió en la corrida verificada en Madrid el día 12 de Setiembre próximo pasado, y valió á Angel una entusiasta ovación.

EL VOLAPIÉ

Su pasado y su presente

III.

Tengo la seguridad de que los que hayan leído mi artículo anterior, fijándose únicamente en la forma del escrito, sacarán, como consecuencia, que pretendo amenguar el mérito del volapié.

Ni por pienso. La suerte inventada según unos y perfeccionada según otros, por Costillares, vino á ofrecer á los matadores de toros un recurso de grandísimo valor, y á convertir, como dice muy bien Montes, en fácil y segura la muerte de las reses aplomadas que, antes de conocerse el volapié, se mataban con suma dificultad.

Lo que yo he querido demostrar, al poner ante los ojos del lector las opiniones de Pepe-Hillo y de Montes, es que el volapié, el verdadero y legítimo volapié tiene aplicaciones sumamente excepcionales; y que hoy se ha extraviado por completo la inteligencia del público, merced á las declamaciones de algunos apasionados ó ignorantes que, convirtiéndolo todo en sustancia, han hecho del volapié un comodín, y ven el volapié donde no existe, de cien veces, noventa y nueve.

Dejando á un lado los dichos salir por la cara y salir por la cola, que en vano se buscarán en los tratados de tauromaquia, por la sencilla razón de que no existen esas locuciones absurdas, lo que pretendo destruir en este trabajo es esa leyenda que se ha creado sobre el volapié, esa aureola de que hoy se rodea graciosamente á una suerte que no ha sido, ni es, ni será jamás sino una suerte de recurso inventada para las reses débiles, rendidas y cansadas, para las reses que no acometen, suerte útil, necesaria, brillante é indispensable en ciertos casos, pero que no admite término de comparación con las que se ejecutan con los toros que acometen.

«El estado aplomado del toro—dice Montes—es

absolutamente indispensable para verificar con seguridad una suerte que se funda en su completa inmovilidad.»

Se necesita, pues, para ejecutar el volapié, que el toro esté inmóvil, que tenga los pies iguales, y que no tenga la vista fija en el matador.

«Únicamente—añade Montes—con un toro boyante, verdaderamente aplomado, que humilla bien, que tiene los pies iguales y, en fin, que no da el más mínimo motivo de recelo, se puede verificar, aunque tenga la vista fija en el diestro, sin peligro alguno.»

Si se observa que rara, muy rara vez se presenta boyante un toro á una suerte inventada precisamente para matar á los que llegan rendidos, cobardes ó con exceso castigados al último tercio, se deducirá que, en la inmensa mayoría de los casos, la ejecución del volapié no puede llevarse á cabo sino cuando los toros están inmóviles, perfectamente igualados y con la vista desviada del matador.

Y he aquí perfectamente justificada la opinión de Montes al calificar de muy sencilla y muy segura la ejecución del volapié.

El gran maestro dice muy bien, y para convenirse de ello, no hay sino fijarse en las condiciones que estima indispensables para consumir la suerte de Costillares.

Son estas, por parte del toro, su completa inmovilidad que permite al matador colocarse muy corto, sin peligro alguno; la igualdad absoluta de los pies del animal que hace imposible su arranque; y, por último, la atención á su vista, que debiendo estar desviada del matador en la mayoría de los casos, deja á éste arrancarse con la mayor prontitud, que es como debe arrancar, sin ningún riesgo.

De modo que, bien considerado el caso, el volapié es, ni más ni menos, que una suerte por sorpresa que no permite al toro medio alguno de defenderse.

Y es natural y es lógico que así sea, puesto que teniendo que hacerlo todo el matador, es natural y es lógico que se condene al toro á un estado absoluto de pasividad.

La opinión de Montes acerca del volapié y las reglas que da para ejecutarlo, obedecen, pues, rigurosamente á la naturaleza especial de la suerte y á las condiciones que debe reunir el toro para una brillante y perfecta ejecución. La cosa es clara y está explicada admirablemente.

Ahora bien; ¿cuántas veces vemos en el día el verdadero volapié, el volapié tal como lo describe minuciosamente y terminantemente Francisco Montes en su Arte de torear? ¿Cuántas veces vemos al toro completamente aplomado, completamente inmóvil y perfectamente igualado? Paso lo de la vista, porque eso no podemos apreciarlo nosotros.

¿Cuántas veces vemos al matador colocarse muy corto? Respondan con franqueza los buenos aficionados.

Y, sin embargo, el volapié constituye hoy día la panacea universal de los matadores de toros. No

existe un matador grande, chico ni mediano, que no haga uso del volapié. Y yo me atrevería á afirmar que ese volapié tan decantado, ese volapié que tanto ensalzan y preconizan los revisteros modernos, no es tal volapié, en la inmensa mayoría de los casos.

Vamos á buscar la clave de este enigma; vamos á pedírsela al mismo Montes, que va á resolvernos el problema de un modo acabado.

IV.

Sobre este asunto llamo muy particularmente la atención de los aficionados.

Dice Montes, ocupándose de la estocada á paso de banderillas:

«He oído llamar muchas veces vuelapiés al paso de banderillas, lo cual es una notable equivocación, por lo que el vuelapiés neto, de que ya dimos conocimiento, se llama por muchos vuelapiés mejor.»

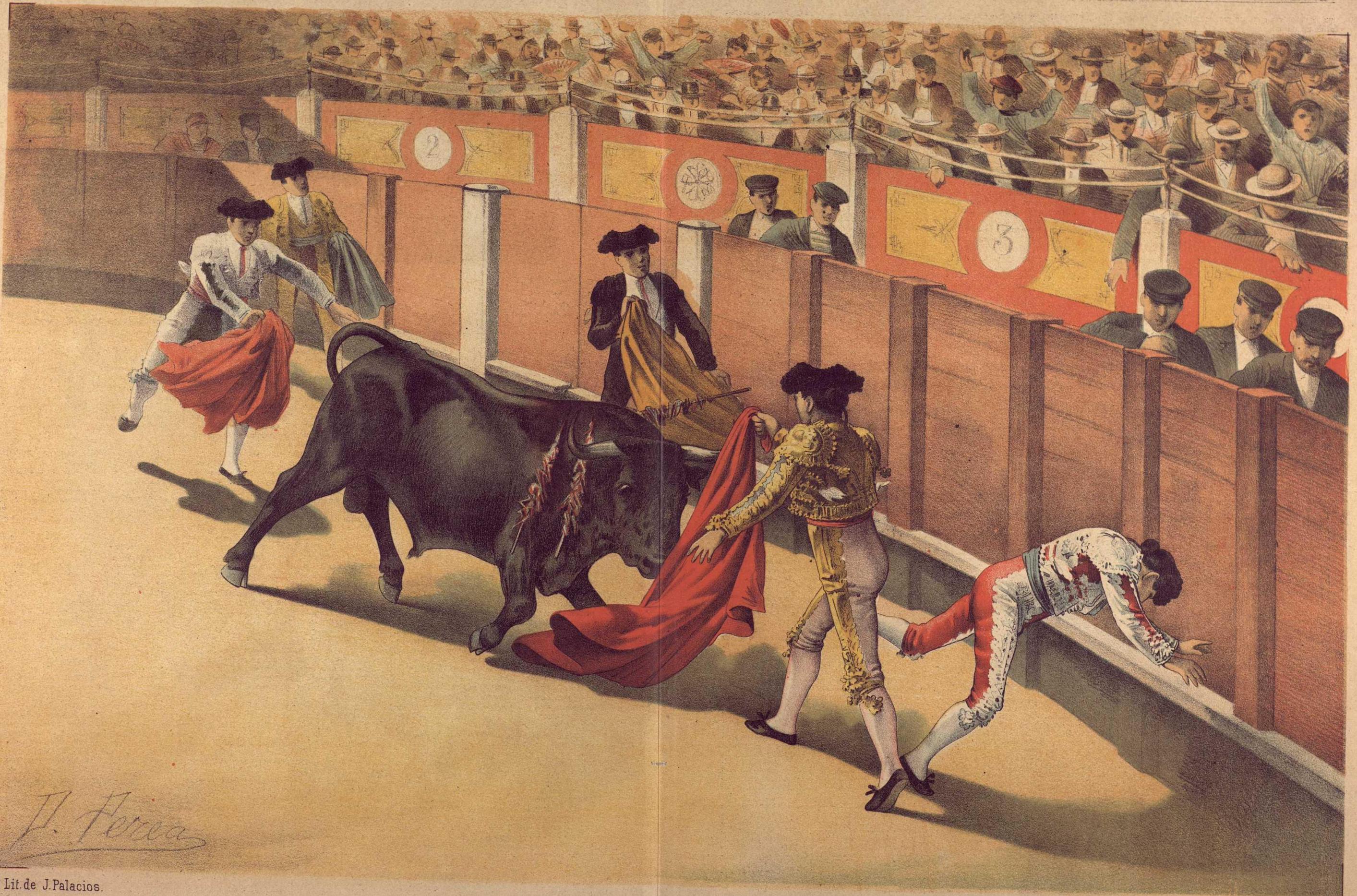
Veamos lo que dice Montes de la estocada á paso de banderillas. He aquí cómo se expresa el célebre maestro:

«Esta suerte se hace principalmente con los toros que son tardos á partir, pero que conservan piernas, por cuya razón no se juzga oportuno el vuelapiés. También se hace con los toros malos, esto es, de sentido, principalmente cuando se ponen en los tercios de la plaza engallados y no salen á los cites; en este último caso es menester mucho cuidado si tienen piernas.

«El modo de hacerla es tomar el diestro la tierra que juzgue conveniente, atendiendo al estado del toro y á sus muchos ó pocos pies, y tomada que esté, hacer que nadie ande al lado del toro, para que no le hagan perder la posición; y él en la suya, liar la muleta y preparar el brazo lo mismo que si lo estuviera esperando para recibirlo; en esta posición arranca al toro haciendo una especie de cuarteo, como en las banderillas de esta clase, pero el brazo de la espada no lo reserva hasta estar cuadrado, sino que en el embroque, cuando el toro humilla, y dentro aún del centro, como dijimos en las otras suertes de matar, es cuando marca la estocada, haciendo al mismo tiempo el quiebro de muleta con que se sale del centro para dejarse caer con fuerza sobre el toro y apurar la estocada hasta la guarnición, pues el mérito de esta suerte consiste principalmente en que, hecho el quiebro de muleta, el diestro no se aparta del toro, sino que se le deje caer encima; así es que cada momento la estamos viendo hacer sin que le claven más de una cuarta de espada, con lo que no se mata ningún toro, y si se le resabia para que luego se tape y se ponga en defensa.

«La suerte no carece de mérito y de gracia, pero tampoco pasa de ser una de las que los toreros llaman de recurso; esto es, de aquellas de que se echa mano para matar las reses que no permiten hacer las suertes de primera ó de más lucimiento, por consiguiente, que ya dan algún cuidado de manejar»





J. Ferrer

Lit. de J. Palacios.

UN QUITE DE ANGEL PASTOR.

Arenal 27, Madrid.

que se debe tratar de asegurarlas y no darles en balde ningún pinchazo.»

Eso es lo que dice Montes de la estocada a paso de banderillas que, en tiempos del gran maestro, confundían ya muchos aficionados con el volapié. Si esto pasaba en la época de Montes, ¿qué hay que decir de lo que actualmente ocurre?

Fíjense los lectores; fíjense con algún cuidado en lo que el gran maestro dice del volapié y del paso de banderillas, y no tendrán más remedio que confesar que el decantado volapié de hoy, que esa fantástica suerte para consumir la cual, hay que rozar los costillares y salir por la cola, no es más que una mixtificación del volapié, no es más que el paso de banderillas, en la gran mayoría de los casos. A esto nos ha traído el estudio del volapié! A esto han quedado reducidas todas las declamaciones de los que tratan del volapié como de la suerte *non plus ultra* de la tauromaquia moderna, y dicen que hay que rozar los costillares y salir por la cola, para consumirla como el arte manda!!!...

«Rozar los costillares y salir por la cola,» ignorado por Pepe Hillo y Montes; el paso de banderillas convertido en volapié: he aquí el resultado de lo que el arte verdaderamente manda.

Lucido resultado! Admirables consecuencias!

Si; hay que decirlo muy alto, a riesgo de que me regalen los epítetos que el lector conoce. Nos falta valor, y al expresarme así, claro es que me confieso yo también reo; nos falta valor para dar a las cosas su verdadero nombre; nos falta valor para decir al público la verdad.

El volapié de hoy, esa suerte sublime que todos consuman bien ó mal, desde el primer matador, hasta el último maleta, no es tal volapié, sino una horrenda degeneración de la magistral suerte inventada por Costillares, un paso de banderillas más ó menos disimulado, con el cual dan la castaña al público, lo mismo los matadores que los revisteros de toros.

Esta es la triste verdad; esta es la verdad que ponen de manifiesto los preceptos del arte. Ahí están los textos que no me dejarán mentir.

De cien veces noventa y nueve, se dice hoy en son de censura que *salió por la cara*, al que ha consumado el volapié neto; y se dice, echando las campanas á vuelo, que *rozó los costillares y salió por la cola*, que es por donde salen los matadores inteligentes, al matador que ha dado una estocada a paso de banderillas. Esto prescindiendo de las ocasiones en que se da una estocada a un tiempo, como la que dió Mazzantini en la corrida del día 26 de Setiembre próximo pasado (véase la revista de *Parando Corto y Derecho*), quedando al rematar la suerte á un metro de la cara, con la muleta extendida, como para el pase natural, esto es, quedando admirablemente en la cara, y sale diciendo la mayoría de los revisteros, que la estocada fué á volapié (!) y que el matador *salió por la cola!!!*

V.

Voy á terminar, que ya va siendo hora. No sé si los revisteros de toros seguirán diciendo «salió por la cola, como el arte manda» y «salió por la cara, como manda D. Jerónimo.» Si siguen diciéndolo, que sigan norabuena.

Los aficionados verdad están convencidos de que el arte no manda salir por la cola, ni D. Jerónimo ha mandado, ni manda, ni mandará jamás salir por la cara.

Yo me contento con que los matadores arranquen corto y derecho y se embraqueten; siempre que los toros reúnan condiciones para ello. Y cuando no las reúnen, hago mío el siguiente párrafo de Pepe-Hillo:

«Y para evitar el peligro que se origina de sus contrarias inclinaciones (las de los toros de cuidado), debe cuidarse con la mayor formalidad de *canárselos todo lo posible con vueltas y recortes continuos y sin pasarles la muleta, salirles al encuentro para darles la estocada en terminos de que al meter el diestro el estoque se halle fuera de la dirección que lleva el toro en la embestida*. No basta todo lo prevenido para *eximirse de una cogida* con estos toros, cuya malicia les sugiere frecuentemente las mayores y más temibles precauciones, quales son: *no obedecer al engaño, desarmarlo con incansantes derrotes, alzar la cabeza para defender el cerviguillo y otras que imposibilitan y burlan los ardidés del torero*, quien en este caso deberá conducirse con la mayor prudencia y eficacia hasta lograr *el medio seguro de darles la estocada*; y si pasado algun tiempo *viere que no halla ocasión, los tirará la muleta al hozico* para que embistiendo con la cabeza baxa los dé la muerte COMO Y DEL MODO QUE LE FUESE POSIBLE, ó con la disposición que exige el más temible de todos los lances.»

Esto dice Pepe-Hillo y esto estoy predicando en LA LIDIA, contra la opinión de los que convierten el arte de torear en ciencia exacta y matan de una plumada, con un desahogo increíble, los toros de más cuidado que pueda concebir el más atravesado de los toros y dar á luz la más arrastrada de las vacas.

Entre ellos y y, los aficionados elegirán. La síntesis de mi artículo *Salir por la cara* está enrrada en estas palabras: Salir por la cara dicho en son de censura á un matador que se ha embraquetado, es un solemnisimo disparate y envuelve una solemnisima injusticia. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo?

Este párrafo encierra un fondo de estricta justicia, que es el que me impulsó á escribirlo, y no ha sido impugnado ni trascrito siquiera por mis adversarios.

Y pregunto ahora: ¿es justo y racional medir por el mismo rasero al matador que se ha embraquetado y sale tropicado, y al matador que se escupe de la suerte, porque ambos *han salido por la cara*? Contesten los aficionados.

Finalmente, si no bastaran las razones que he expuesto para probar hasta la saciedad lo absurdo de los neologismos *salir por la cara* y *salir por la cola*, dichos: el primero en son de censura y el segundo como supremo elogio, bastaría para destruirlos definitivamente la consideración de que no debe escribirse el día de mañana la siguiente frase:

—En los tiempos de Lagartijo y Frascuelo, el mejor matador era el más arrimado á la cola!

Y yo me opongo á que digan eso.

D. JERÓNIMO.

TOROS EN MADRID.

CORRIDA 17.^a DE ABONO.—OCTUBRE 10 DE 1886

Toros de Ibarra; cuadrillas las de Salvador, Cara-ancha y Punteret, que toma la alternativa. Hora de dar comienzo la fiesta, las tres de la tarde, y nublado.

Rompió plaza *Coriano*; negro bragado, ojalado, de libras y bien armado: parecía un gran toro, y fué un cobardón de primera, que después de haberse escupido de una vara y colarse suelto en otra, pasó á banderillas con el morrillo limpio.

Entre Gallardo y Valladolid sobaquillearon dos pares y tres medios, de las de fuego, y Joaquín Sanz Punteret, de lila y oro, tomó la alternativa de manos de Frascuelo, como sus banderilleros la habían tomado de los de Salvador.

El nuevo matador, ayudado de Frascuelo, dió al toro 35 pases y se arrancó á matar con una en hueso caída, una honda que escupió el toro, un pinchazo, siendo acosado y cogido, otro pinchazo muy delantero, siendo nuevamente derribado y estando Frascuelo al quite en ambas ocasiones; repuesto Punteret del susto, volvió á pasar y ser acosado nuevamente, terminando por fin las angustias del público, con una estocada caída.

Parte de los espectadores pidió varias veces que el matador dejara la espada y la muleta.

El Punteret se retiró á la enfermería y no volvió á salir.

2.^o *Pepiño*; del mismo pelo que el anterior, de buena lámina, caído del cuerno derecho. A fuerza de acosarlo tomó cuatro varas, dió una caída y mató un caballo.

Currinche puso dos pares y Mojino uno. El primero de Currinche al cuarteo, los demás á la media vuelta.

El toro se defendía.

Cara-ancha, de azul acero y oro, se las entendió con el bicho, al que dió nueve pases, siendo embrocado en uno, y salvándose con serenidad por haberle tapado bien la cara, y librándose otra vez de otra cogida, con un acertado pase de pecho. El espada tuvo la fortuna de des-cordar al bicho.

3.^o *Zarandero*; negro bragado, de libras y conicorto. Tomó seis varas, siendo bravo y certero, dió una caída y mató cuatro caballos. Los picadores lo rajaron inhumanamente.

El Regaterín salió por delante, clavando un par superior al cuarteo; siguió Ostión con un par bajo y desigual, apretando, y terminó Regaterín con un par muy bueno y Ostión con medio. (Grandes aplausos al primero.)

Salvador, de grana y oro, lo pasó con ocho pases y le dió media estocada, echándose fuera, y media á volapié en las tablas, alta y tendida. Viendo que el toro no doblaba, se empeñó en descabellarlo, no consiguiéndolo en dos intentos, hasta que viendo al público aburrido quiso ahondar el estoque, cometiendo la barbaridad de dejarse encunar, con lo cual consiguió que el toro se echara, y le silbaran y algunos aplaudieran.

4.^o *Piloto*; negro azabache, hondo y engallado y corniapretado. Comenzó á asombrarse de los capotes, y á no hacer ni por éstos ni por los caballos, pidiendo el público que fuera retirado, á lo cual accedió el Presidente.

Una vez retirado por los cabestros salió el 5.^o, *Llavoro*; negro bragado, estrecho y bien armado; tomó, mojado el asta en el corazón de los caballos, y demostrando mucha cabeza y bravura, ocho varas, dió cinco caídas, mató cuatro caballos y mal hirió dos.

Ostión puso un par algo caído, al cuarteo; Regaterín clavó otro superior, hermanando Ostión con otro muy caído.

Salvador, después de una faena de muleta concienzuda, echó á rodar al toro de una honda, saliendo de naja.

6.^o *Escribano*; negro o ojalado, estrecho y bizco del izquierdo: tomó seis varas, dió dos caídas y mató dos caballos; quedó también otro caballo muerto, herido por el toro anterior.

Entre Mojino y Currinche le pusieron dos y medio pares regulares; y Cara-ancha, después de dos pases, se deshizo del enemigo de un bajonazo á paso de banderillas.

7.^o En sustitución del 4.^o snlió un toro, también de Ibarra, castaño albardado, de buena lámina y corniabierto: el público pide con insistencia que Cara-ancha vaya á la barrera, y éste se estrecha en los quites con el toro; mucha parte del público aplaude esta faena: Salvador le deja todos los quites, dando una muestra del buen compañero.

El toro fué bravo y de poder; tomó seis varas, dió cinco caídas y mató dos caballos.

Cara-ancha tomó los palos espontáneamente en medio de una bronca terrible, empeñándose en vano en parear al quiebro.

El toro no acudía, pero después de tres salidas falsas consiguió poner un par al quiebro sin que el público se lo agradeciera. Antolia puso después un par al suelo y otro al cuarteo al toro, y terminó Valladolid con uno á la media vuelta.

Salvador dió fin de la corrida y del animal con media estocada en el costillar izquierdo; ¡Buen final!

RESUMEN.

Embroques, achuchones, revolcones, cogidas, un toro llevado al corral, otro quemado, una bronca á un matador, de aquellas que forman época.

¡Qué gran corrida se perdió ayer... el Sr. Navarrete! Si hubiera muchas así, no harían falta folletos para dar al traste con la fiesta nacional.

Fué la tarde de ayer una tarde de mala sombra, de *jettatura*, de mal de ojo, una de esas tardes en que debió intervenir la famosa cuanto desdichada Rámila, del *Sabor de la tierra*, de Pereda. Todo salió mal, todo se hizo al revés, todo el mundo perdió la brújula, los toros, los toreros y el público.

Si no fuera porque los aficionados nos pedirán el conjunto de los trabajos de los espadas, renunciáramos de buen grado á ocuparnos del particular, porque lo malo debe callarse, sobre todo cuando es tan malo como lo de ayer.

De los toros del Sr. Ibarra volvieron por el buen nombre de la incipiente ganadería el tercero, quinto y séptimo. El sexto fué también bravo, aunque tardeó mucho. El primero fué un buey guasón, el segundo tardó y cobarde y el cuarto volvió á la madre naturaleza en compañía de media docena de albos mansos.

Salvador.—En su primero y en su segundo (3.^o y 5.^o) se empeñó en que dos toros aplomados le dieran ayuda. Y como esto no era posible, resultó que deslució la primera faena y salió huyendo de la suerte en la segunda, por cuarteo y dejar tiempo al toro para que arreará tras él. Consecuencias de no entrar al volapié con rapidez, y de herir sin confianza cuando se ve que el toro no hace por uno. Cuanto á encunarse para ahondar el estoque, viendo que el toro no dobla, y se tapa para el descabello, es una atrocidad que no debe repetir Frascuelo, á quien ayer vimos, con pena, sin la calma que hasta ahora ha demostrado.

Para final de fiesta dió media estocada en las costillas al último toro, que estaba guapo. En suma, todo al revés! Mala, muy mala tarde para todos. En los quites, como siempre, y en la dirección trabajador.

Cara-ancha.—Estuvo valiente y sereno despejándose á su primer toro con la muleta, en las dos veces que se vió embrocado. Afortunado en el descordamiento.

No quisiéramos recordar lo que pasó en la muerte del 6.^o toro. Era tarde; el animal se había tapado en las banderillas y se había colado al matador en el primer de tanteo con la derecha. José debió ver allá una probabilidad de hacer muy pesada la muerte del toro y, queriendo acabar pronto, afianzó al animal de un bajonazo á paso de banderillas. ¡Nunca lo hubiera hecho! El público no se contentó con silbar aquella muerte, sino que en cuanto se presentó en la Plaza el 7.^o toro comenzó á denostar á Cara-ancha con voces destempladas é insultantes. El matador, queriendo congraciarse con el público, comenzó á hacer todos los quites, recortando sobre muy corto. Y mientras unos aplaudían, otros gritaban y silbaban á rabiar.

Tocaron á banderillas y se repitió la escena cuando vieron á José tomar los palos y poner, después de muchos intentos, un par quebrando. ¡Qué escándalo! Una mayoría tumultuosa, imprecando á un lidiador que manifiesta deseos de borrar el mal efecto producido por un bajonazo dado á tiempo! Cómo está la afición! Cómo está la Plaza de Madrid! No seguimos, porque la pluma se nos cae de las manos.

Punteret.... Celebraremos que se haya curado de las contusiones materiales que el *debutante* recibió en la muerte del primer toro. En lo que atañe á las contusiones morales, mucha árnicá va á necesitar para aliviarse de ellas. Y no decimos más. De los banderilleros, lo mejor de la tarde, es decir, lo único superior, fueron los tres pares de banderillas del Regaterín, que le valieron tres ovaciones. ¡Bravo Victoriano!

Los picadores, malos. La presidencia, bien. La entrada, buena. La corrida abrutidísima. Y hasta el domingo.

DON JERÓNIMO.